

Señales del tiempo: esperanza radical en tiempos de pandemia global
Reflexiones sobre el 40 aniversario del martirio del arzobispo salvadoreño, san Oscar Romero
Por Scott Wright, Director del Centro Columbano de Defensa y Alcance

La Pascua es ahora el grito de la victoria. Nadie puede apagar esa vida que Cristo ha resucitado. Ni la muerte ni todas las banderas de muerte y odio levantadas contra Él y contra Su iglesia pueden prevalecer. ¡Él es el victorioso! Así como Él prosperará en una Pascua interminable, también debemos acompañarlo en una Cuaresma y una Semana Santa de cruz, sacrificio y martirio. Como dijo: "Bienaventurados los que no son escandalizados por su cruz".
San Oscar Romero, 23 de marzo de 1980

El corona virus nos ha unido como familia humana como ningún otro evento en los últimos tiempos. En los Estados Unidos, algunos de nosotros aún recordamos las historias de nuestros padres o abuelos de la Gran Depresión y la Gran Epidemia de Gripe de 1918 que mataron a 50 - 100 millones de personas en todo el mundo. Pero ahora nos enfrentamos a un futuro en el que todo el planeta se ve afectado por la gran pandemia, y los pobres y desempleados, las personas sin hogar y los reclusos en prisión, las personas mayores en hogares de ancianos y las personas con condiciones de salud subyacentes son los más vulnerables.

Si bien esperamos la Pascua como "un grito de victoria", también debemos acompañar a Cristo en las "cruces" y los "sacrificios" que los pobres, y quizás nuestros vecinos y seres queridos, soportarán en gran escala en el Muy cerca del futuro. A raíz de esta pandemia mundial, las naciones también están cerrando sus fronteras a los migrantes y refugiados que huyen de las guerras y la violencia política, así como el hambre y el hambre.

A menudo hemos escuchado decir que las naciones tienen derecho a regular sus fronteras, pero que la justificación no debe basarse en consideraciones limitadas de interés propio, mucho menos en prejuicios y odio. Las naciones también tienen la obligación, y en el caso de los Estados Unidos, una obligación legal, a la luz de la Ley de Refugiados de los Estados Unidos aprobada por el Congreso hace 40 años, de escuchar las solicitudes de asilo de migrantes y refugiados que huyen por sus vidas, y no deportarlos de regreso a los países para enfrentar una muerte segura. Debemos equilibrar el derecho a controlar nuestras fronteras con la obligación moral y legal de proteger las vidas humanas, dando prioridad a la santidad de la vida y nuestra obligación de protegerla.

Hoy celebramos el 40 aniversario del martirio de uno de los grandes santos y defensores de la vida humana de la iglesia, el arzobispo salvadoreño y ahora San Oscar Romero. En su misa del domingo pasado, el arzobispo Romero predicó una poderosa homilía en defensa de la dignidad humana y los derechos humanos. La lectura del Evangelio del día era sobre las multitudes que querían matar a una mujer que había violado la ley y cometió adulterio. Hoy, con una conciencia más profunda del abuso sexual y la violencia doméstica, también debemos preguntarnos: "¿Pero qué pasa con el hombre? ¿No ha violado también la ley? "

¿Qué pasaría si sustituimos en esta reflexión a las miles de familias de migrantes y refugiados a quienes no se les permite buscar asilo o se ven obligados a esperar en condiciones de hacinamiento e insalubres en el lado mexicano de la frontera? Se les acusa de violar la ley, cruzar ilegalmente las fronteras o intentar hacerlo, a menudo con un gran riesgo, para proteger y salvar sus vidas y las vidas de sus hijos. Y al igual que la mujer en la lectura del Evangelio, también están bajo la amenaza de una muerte segura, con poca protección mientras esperan en la frontera, y un riesgo aún mayor para sus vidas si son deportadas a la violencia o el hambre en las que habían huido. Centroamérica y México.

Dignidad humana, solidaridad y bien común

Nada es tan importante para la Iglesia como la vida humana, especialmente la vida de los pobres y los oprimidos. Jesús dijo que todo lo que se hace a los pobres se le hace a él. Este derramamiento de sangre, estas muertes, están más allá de toda política. Tocan el corazón de Dios. - San Oscar Romero, 16 de marzo de 1980

Jesús pregunta a los acusadores de la mujer: "¿Quién de ustedes está sin pecado?" Para nosotros hoy, también podríamos preguntar: "¿Quién de nosotros no tiene antepasados que buscaron refugio en nuestro país?" Nosotros también nos veríamos obligados a soltar nuestras piedras y alejarnos avergonzados. Las únicas personas que podrían responder "No" serían nuestras hermanas y hermanos nativos americanos o afroamericanos, que estaban aquí para comenzar, o fueron esclavizados por la fuerza y traídos aquí contra su voluntad. Hoy, los pecados del genocidio y la esclavitud todavía se están visitando en las generaciones posteriores. Ya vemos esto cuando las universidades y las ciudades de todo el país comienzan a lidiar con sus historias pasadas ocultas y dolorosas de racismo y violencia. Estamos llamados a encontrar formas creativas para abordar estos crímenes y buscar la reconciliación, basada en la verdad, la justicia y la reparación moral y económica.

Hace treinta años, "globalización" era la palabra para el progreso humano, y prometía llevar la prosperidad global a todos. Pero esa promesa no se ha cumplido. Para los migrantes y las familias de refugiados en nuestra frontera sur, la globalización fue un desastre, porque significó que los agronegocios estadounidenses arrojaron granos fuertemente subsidiados a los mercados centroamericanos y mexicanos, amenazando el sustento de millones de agricultores locales. Las corporaciones extrajeron recursos preciosos y explotaron la mano de obra barata de manera que han empobrecido aún más a la gente de estos países. Los gobiernos corruptos, las pandillas violentas y los carteles de la droga se han aprovechado de las democracias débiles, lo que ha llevado aún más a los migrantes al norte hacia nuestra frontera sur. Las corporaciones, no las personas, se han beneficiado, como pueden testificar los agricultores familiares y los trabajadores en los Estados Unidos.

Aunque la globalización se vistió en el lenguaje de una economía de abundancia, resultó ser una economía de escasez para la mayoría de los pobres del mundo debido a la gran desigualdad que favorece a las corporaciones ricas inherentes al sistema. Adaptando una expresión del Dr. Martin Luther King, el "pagaré" de que los pobres del mundo tienen la dignidad humana y la seguridad económica se les devolvió marcado como "fondos insuficientes". Hoy, el reverendo William Barber, de The Poor People's Campaign, no es tímido al señalar que 140 millones de personas de todas las razas en los Estados Unidos siguen siendo pobres, viviendo de un sueldo a otro, y con el colapso de los mercados mundiales a raíz de lo global. Pandemia, ese número está a punto de crecer exponencialmente.

Lo que está en juego en esta pandemia mundial es la dignidad humana, la solidaridad y el bien común. ¿Cómo les irá a los sectores más vulnerables de nuestra familia humana en este momento de gran peligro?

En los rostros y las historias de migrantes y refugiados tomados como rehenes en la frontera, en la dignidad y la compasión con la que se componen en su desesperación y en la solidaridad que se muestran, vemos un espejo de nuestra propia fidelidad a El Evangelio, o la indiferencia hacia nuestro prójimo.

La parábola del juicio final en el Evangelio de Mateo (25: 31-46), sin embargo, está dirigida no a personas individuales sino a naciones. Si el juicio fuera solo sobre personas, podríamos dar un suspiro de alivio, porque hay magníficos ejemplos de acompañamiento y solidaridad entre nuestra gente, cristianos, judíos y musulmanes, así como personas de buena voluntad, ayudando a las familias de migrantes y refugiados. Pero la parábola está dirigida a "las naciones": "Porque yo era un extraño... y ustedes me dieron la bienvenida". Depende de nosotros como nación decidir cómo seremos juzgados.

En las palabras proféticas del rabino Abraham Joshua Heschel, él mismo un refugiado judío del Holocausto y colega de Martin Luther King, Jr. en el movimiento de derechos civiles: "Hablando moralmente, no hay límite a la preocupación que uno debe sentir por el sufrimiento de seres humanos. La indiferencia al mal es peor que el mal mismo, y en una sociedad libre, algunos son culpables, pero todos son responsables".

La dimensión política del evangelio

Una Iglesia que no provoca ninguna crisis, un Evangelio que no perturba, una Palabra de Dios que no se mete en la piel de nadie, una Palabra de Dios que no toca el pecado real de la sociedad en la que se encuentra. Siendo proclamado, ¿qué Evangelio es ese? Consideraciones muy bonitas y piadosas que no molestan a nadie, así es como a muchos les gustaría que predicara. Aquellos predicadores que evitan todo asunto espinoso para no ser hostigados, para no tener conflictos y dificultades, no iluminan el mundo en el que viven... El Evangelio es valiente, son las Buenas Nuevas de él quien vino a quitarle el pecados del mundo - San Oscar Romero, 16 de abril de 1978

El arzobispo Romero también habló de la necesidad de iluminar los tiempos difíciles en los que vivió a la luz del Evangelio, enfrentando directamente las esperanzas y los temores de las personas que enfrentan un futuro incierto: "Nadie", dijo, "debería equivocarse", que iluminemos nuestras realidades sociales, políticas y económicas a la luz de la Palabra divina... Así es como se debe predicar el Evangelio". Hay, en sus palabras, "una dimensión política" en el Evangelio.

La dignidad humana y el bien común son inseparables, y ambos son valores que informan y juzgan nuestra política. No estamos acostumbrados a abordar los grandes problemas políticos, sociales y económicos de nuestro tiempo con lenguaje religioso, como el pecado y la salvación. Pero el arzobispo Romero lo hizo, hablando a una audiencia nacional a través de estaciones de radio que llevaron sus homilias dominicales a las casas rurales y urbanas más pobres de El Salvador y en toda América Latina. Por supuesto, estaba predicando el Evangelio en una iglesia, pero fue un Evangelio que iluminó y juzgó los proyectos políticos de su época.

¿Qué hemos aprendido de la pandemia mundial en este momento de desafíos y tragedias mundiales?
¿Podemos comenzar a abordar la crisis de salud pública en nuestro país o en todo el mundo? ¿Qué pasa con las amenazas existenciales globales del cambio climático y la guerra nuclear, la pobreza masiva y la migración global?

En cuanto a la crisis que enfrentamos hoy: "¿Cómo estamos, como nación o como comunidad global, abordando los desafíos urgentes de la pandemia mundial?" "¿Cómo estamos abordando la creciente dificultad de una economía global en colapso?"

Estas son las grandes preguntas que se debaten ahora en el Congreso, en los medios de comunicación y en hogares y vecindarios, ciudades y estados, en todo el país. El virus corona es una emergencia de salud pública que pone en peligro potencialmente cientos de miles y quizás millones de vidas, especialmente la vida de los pobres, los migrantes y refugiados entre nosotros, y aquellos que tienen condiciones de salud subyacentes o poco o ningún acceso a atención médica. La pandemia global ha hecho visible la desigualdad oculta y sistémica y la falta de preparación de los sistemas de salud pública en todo nuestro país y el mundo.

A medida que los líderes políticos de nuestra nación debaten cómo responder a la pandemia global y el colapso de la economía global, podemos preguntarnos ¿qué intereses y vidas están en juego? ¿Qué propuestas defienden la dignidad humana de los pobres y los más afectados por la pandemia y la crisis económica? ¿Qué propuestas abordan la crisis estructural de nuestro sistema de salud pública y nuestra economía y buscan oportunidades para reestructurarlas de manera más justa, equitativa y sostenible?

Nunca debemos volver a creer la excusa que los políticos ofrecen de que "no se puede hacer" o "no tenemos los recursos". Sabemos que nuestra nación ha gastado billones de dólares en guerras en Irak y Afganistán, y que los bancos y corporaciones que fueron "demasiado grandes para fracasar" en 2008 fueron rescatados en la última Gran Recesión, mientras que los pobres y los trabajadores pobres, particularmente Los afroamericanos y los latinos perdieron sus hogares y con ellos sus sueños de educación y atención médica para sus familias e hijos.

Podemos proporcionar atención médica de calidad para todos, si tenemos la voluntad política de hacerlo, priorizando las vidas de los pobres y nuestros hijos sobre las ganancias de las industrias farmacéuticas y de seguros de salud. Podemos reconstruir la infraestructura en ruinas de nuestro país, incluido el acceso al agua potable, y proporcionar empleos a muchos que están o pronto estarán desempleados, si tenemos la voluntad de hacerlo. Esta no es una política partidista, sino más bien la política de la dignidad humana y el bien común.

Podemos terminar con el calentamiento global, si tenemos la voluntad política de hacerlo, reincorporándonos al Acuerdo de París y priorizando las vidas de los pobres y las generaciones futuras sobre los beneficios de la industria de los combustibles fósiles. Y podemos poner fin a la amenaza de guerra nuclear y billones de dólares de gastos militares si tenemos la voluntad política de considerar alternativas pacíficas y justas de paz a la guerra. Estas no son propuestas ingenuas, sino respuestas realistas a las amenazas existenciales globales para nuestro planeta y para las generaciones futuras.

La historia no fallará... Dios la sostiene

"Estoy muy contento de que justo en este momento de crisis muchos de los que estaban dormidos se hayan despertado y al menos se pregunten dónde se puede encontrar la verdad. Búscalos. San Pablo nos muestra el camino: con oración, con reflexión, apreciando lo que es bueno. Estos son criterios maravillosos. Dondequiera que haya "lo que es noble, lo que es bueno, lo que es correcto", está Dios (Filipenses 4: 8). Si, además de estas cosas buenas naturales, se encuentra la gracia, la santidad, los sacramentos, la alegría de una conciencia divinizada por Dios, allí está Dios". - San Oscar Romero, 8 de octubre de 1978

Incluso en medio de una cruel guerra civil que eventualmente cobró la vida de 75,000 personas y desplazó a la fuerza a más de un millón de personas, el arzobispo Romero comunicó un sentido radical de esperanza, arraigado en su convicción de que "la mano de Dios [está] en acción", en el viaje histórico de la gente ". Es por eso que sigue repitiendo que quienes trabajan por la justicia "nunca deberían perder de vista esta dimensión trascendente". Dios está trabajando en la historia. Dios sostiene la historia. No estamos solos. Dios no nos abandonará. Pero también debemos hacer nuestra parte.

En su homilía del domingo pasado, respondiendo a la promesa del profeta Isaías al pueblo de Israel en el exilio en Babilonia "de hacer todas las cosas nuevas", el arzobispo Romero arrojó luz sobre los desafíos de su propio día y concluyó: "La historia no fallará ... Dios lo sostiene ". Para Romero, la gran tarea de los cristianos es contribuir a la construcción del reino de Dios transformando la historia de manera que refleje las Bienaventuranzas y los valores del reino: "Cualquier proyecto histórico no fundado en... la dignidad de la persona humana, la voluntad de Dios, el reino de Cristo entre nosotros" no durará.

Para Romero, las palabras de San Pablo en las lecturas del domingo resumen para él el llamado que los cristianos deben prestar atención, especialmente durante este tiempo de Cuaresma cuando somos llamados a volver a nuestra fe: "Mi deseo es conocer a Cristo y el poder de su resurrección, y de compartir su sufrimiento al morir mientras murió para que un día resucite de entre los muertos" (Filipenses 3: 10-11).

Que esta sea también nuestra esperanza, en estos tiempos desafiantes de una pandemia global y un colapso económico global. Tenemos opciones que tomar ahora y desafíos que enfrentar mientras buscamos formas de ser compasivos, ayudar a aquellos que enfrentan tragedias o desempleo y, sobre todo, orar. Esta pandemia, si Dios quiere, terminará algún día. No debemos perder esta oportunidad, ni volver a nuestras viejas costumbres. Este es un momento de Kairos, una oportunidad crucial para responder al llamado de Dios de construir un mundo más de conformidad con las Bienaventuranzas y los valores del Evangelio. Otro mundo es posible, si tan solo lo hacemos así.

En esta temporada de Cuaresma, cuando viajamos con la familia humana durante este momento difícil de pandemia global, podemos alentarnos de aquellos que la Iglesia ha proclamado como santos y mártires, y concretamente, de la sabiduría y el testimonio del arzobispo salvadoreño y ahora San Oscar Romero, en el 40 aniversario de su martirio. Fue asesinado en el altar por decir la verdad al poder y ponerse del lado de los pobres. En este tiempo de pandemia global, que podamos hacer nuestro el coraje del Evangelio y su esperanza radical en un Dios de la vida que siempre está a nuestro lado, llamándonos a un amor radical más allá de nuestros miedos.